

sion, que esperaba aprovecharse de él: así es que encargó vivamente á Murat que hiciese partir á los reyes padres, y que le enviase tambien al príncipe de la Paz, que continuaba preso en Villaviciosa. Al mismo tiempo le previno que emplease la fuerza, si era necesario, no para la salida de la antigua corte que pedía con instancias ponerse en camino, sino para la libertad del príncipe de la Paz, que los españoles no querían soltar á ningún precio. Le recomendó asimismo, para preparar los ánimos, que comunicase á la junta de gobierno y al Consejo de Castilla la protesta de Carlos, que reducía á la nulidad la regia autoridad de Fernando VII, sin restablecer la de Carlos IV, y daba margen á una especie de interregno cómodo para llevar á efecto un proyecto de usurpación. Procuró hacer comprender bien á Murat que no debía esperar mucho de la opinión produciendo un cambio que no era del gusto de los españoles, pero que era preciso contenerlos por el temor, ganarse en seguida la adhesión de los hombres sensatos, por la evidencia de los bienes de que sería origen una dinastía francesa, por la certidumbre de que con semejante cambio la España no perdería ni una aldea, ni una colonia; ventaja que no resultaría de ningún otro arreglo, y suplir después la falta de asentimiento desplegando una fuerza irresistible. Napoleón previno á Murat que estuviese con mucho cuidado y vigilancia, que fortificase dos ó tres puntos de Madrid, como el palacio real, el almirantazgo y el Buen Retiro, que no consintiese que durmiera en la población ni un solo oficial; que estuviesen todos en los cuarteles con sus soldados, en una palabra, que se condujese como

en vísperas de una insurrección que creía inevitable, porque los españoles probablemente querían tantear á los franceses que en este caso era necesario recibirlos enérgicamente, de modo que se les quitase toda esperanza de resistencia, y no olvidar el método con que él hacía la guerra en las calles de Egipto, Italia y otras partes; que no se internase en la población, sino que ocupase la cabeza de las principales calles con fuertes baterías, hiciese sentir en ella los estragos del cañón, y en donde quiera que la multitud se presentase á cara descubierta, hacer que la acuchillasen los coraceros. Así pasaba Napoleón de la astucia á la violencia, por la usurpación de la corona española!...

Sobre un solo punto se había anticipado Murat á las instrucciones del emperador, y era el relativo á la marcha de los antiguos soberanos, y á la escarcelación del príncipe de la Paz. Había dicho á Carlos IV y á la reina, en respuesta á la manifestación de sus deseos, que el emperador los vería con gusto á su lado: que por consiguiente no tenían más que preparar su marcha, y que iba á exigir se le entregase el príncipe de la Paz, para dirigirle con ellos á Bayona, noticias que les llenaron de la única alegría que habían experimentado desde las fatales jornadas de Aranjuez.

Sabedor de que Fernando VII había por fin pasado la frontera, Murat ya no tenía consideraciones que guardar: por otra parte, los españoles irritados de semejante debilidad, y humillados de tener tales príncipes, parecieron por un momento dispuestos á desprenderse de una familia tan poco digna del aprecio de la nación. Por algunos días debía, pues, encontrarlos más accesibles. Pero

cuando se les habló de entregar al príncipe de la Paz, hubo una especie de sublevación. La multitud, ansiosa de venganza, veía que se la escapaba su víctima. Las clases elevadas, y entre ellas los que se habían comprometido en la revolución de Aranjuez, temían que en medio de aquellos trastornos políticos, volviese á recobrar algún día el poder el príncipe de la Paz, y los castigase por su conducta. Por estas diversas razones se rehusaba el ponerle en libertad. La junta de gobierno, compuesta de los ministros y del infante don Antonio, experimentaba más que nadie aquellos tristes sentimientos. Desde el principio había opuesto á las instancias de Murat una tenaz resistencia, y alegando que careciendo de autoridad para decidir semejante cuestión, tenía que dar cuenta á Fernando VII. En efecto se había dirigido á él pidiéndole sus órdenes. Fernando, muy embarazado para contestar á aquella consulta, había declarado que aquella cuestión se trataría y resolvería en Bayona, con todas las demás de que iban á ocuparse los dos soberanos de España y Francia. Trasmítida inmediatamente á Murat la respuesta de Fernando, consideró como resuelta la cuestión en virtud de las órdenes de Napoleón, y exigió que se sacase de la prisión al príncipe de la Paz para enviarle á Bayona. Anunció que don Manuel Godoy quedaría desterrado para siempre de España, y que solo se le enviaría á Francia para salvarle la vida, que era lo único que se le quería conservar. Dirigida esta comunicación á la junta, Murat envió tropa de caballería á Villaviciosa con orden de apoderarse del preso por grado ó por fuerza. El encargado de su custodia, que lo era el marqués

de Castelar se negaba á entregarle, cuando la junta, para evitar una colisión, mandó le pudiese en libertad.

El desgraciado dominador de la España, que poco tiempo hacía se hallaba rodeado de todas las superfluidades del lujo, que excedía al mismo soberano en suntuosidad, como le superaba en poder, llegó al campamento de Murat casi desnudo, con la barba larga, las heridas casi sin cerrar, y con las señales de los grillos que había tenido puestos. En tan triste estado vió por primera vez al amigo que había elegido en el seno de la corte imperial, con miras bien diferentes de las que entonces se realizaban. Murat, que era generoso por carácter, guardó toda especie de consideraciones con don Manuel Godoy, le proporcionó todo aquello de que carecía, y le hizo partir para Bayona, escoltado por uno de sus ayudantes de campo y algunos soldados de caballería. Ejecutada esta parte de las órdenes de Napoleón, se ocupó del viage de los antiguos soberanos, que en medio de su infortunio se hallaban poseídos de la más viva alegría al saber que su amigo se había salvado, y que iban á encontrarse bien pronto en presencia del poderoso emperador que podía vengarlos de sus enemigos. Concluidos los preparativos del viage, de los que el principal fué apoderarse de los mejores diamantes de la corona, pidieron á Murat que dispusiese su marcha. En efecto, el día 23 salieron del Escorial y fueron á pernoctar al Pardo, en medio de las tropas francesas, en donde vieron y abrazaron á Murat con la mayor efusión. De allí siguieron á Buitrago para tomar la carretera de Bayona, y continuar su viage con la lenti-

dad que convenia á su edad y su molicie. En el camino recibieron algunas muestras de respeto; pero ninguna de simpatía: hubiera bastado para ahogarlas todas la presencia de la reina, que ya hacia veinte años era objeto del ódio y del desprecio de la nacion.

Murat era en aquellos momentos el único dueño de España, y podia conceptuarse rey. Por órden de Napoleon acababa de comunicar á la junta la protesta de Carlos IV redactada en cierto modo por él, y de reclamar con la publicacion de este documento la supresion del nombre de Fernando VII en los actos del gobierno. La junta embarazada, habia querido hacer partícipe de su responsabilidad al Consejo de Castilla, consultándole al efecto. El Consejo se la devolvió íntegra rehusando explicarse. Murat puso término á aquella desavenencia por medio de una transacion, y se convino en que los actos del gobierno se publicarían en nombre del rey, sin decir cual. De este modo el trono quedaba de hecho vacante, y los españoles comenzaban ya á convencerse de ello con el mas profundo dolor. Unas veces se indignaban contra la ineptitud y pusilanimidad de sus príncipes que se habian dejado engañar y precipitar en una sima de donde ya no podian salir, y otras se compadecian de ellos, y se enfurecian contra los extranjeros que se habian introducido en su territorio con la astucia y la violencia. Los hombres ilustrados que comprendian entonces muy bien por que habian invadido los franceses la España, fluctuaban entre su ódio al estrangero y el deseo de ver á su patria reorganizada por la mano de Napoleon como lo habia sido la Francia. Atraídos

con sus esposas á los bailes que daba Murat, eran algunas veces medio seducidos pero jamas conquistados enteramente. El pueblo, por el contrario, no participaba en manera alguna de aquella especie de impulso. Varias veces al ver la guardia imperial y la caballería quedaba como asombrado, y aun admiraba á Murat; pero la infantería, compuesta en su mayor parte de soldados jóvenes, atacados de la sarna, y que concluian su instruccion á su vista, no le inspiraba ningun respeto, y aun le daba la confianza de vencerla. Los habitantes de los pueblos inmediatos á Madrid, acudian con sus escopetas y navajas y se habituaban á desafiarse con la vista á las tropas, antes de combatir las con las armas. Algunos, incitados por los frailes, cometian horribles asesinatos. Un hombre del pueblo mató á navajazos á dos soldados é hirió á otro, por inspiracion, segun decia, de la Santísima Virgen. El cura de Carabanchel asesinó á un oficial. Murat mandó castigar ejemplarmente á los autores de aquellos crímenes, pero no consiguió aplacar el ódio que comenzaba á manifestarse. Todas las almas experimentaban una emocion indefinible, hasta tal punto, que habiéndose escapado un caballo en el hermoso paseo del Prado, todo el mundo huyó creyendo que iba á empeñarse un combate con los franceses. Murat se hacia siempre ilusiones acerca de la disposicion de los ánimos entre los españoles; pero estimulado por los reiterados avisos de Napoleon, tomaba algunas precauciones. Acuarteló en la poblacion la guardia y los coraceros, y colocó el resto de las tropas en las alturas que dominan á Madrid. A las tres divisiones del mariscal Moncey, agregó la primera del

general Dupont, y contenia de este modo á la capital con la guardia, toda la caballería, y cuatro divisiones de infantería. La segunda division del general Dupont se hallaba en el Escorial y la tercera en Segovia: las tropas acampaban en tiendas al derredor de Madrid. Las provisiones llegaban con dificultad por la insuficiencia de los trasportes, pero eran sin embargo abundantes. El método curativo empleado contra la sarna habia restituido la salud á casi todos los soldados. Hacian el ejercicio todos los dias, y comenzaban á adquirir la firmeza, soltura, y aire marcial, que hubieran ya debido tener al entrar en España. Murat les dió oficiales sacados de los sargentos de la guardia, y tenia infinito cuidado en la organizacion de un ejército que miraba como el sosten de su futura corona: la division del general Dupont era excelente. Desgraciadamente hubiera sido preciso, repetimos, presentar todo esto hecho á los españoles en vez de hacerlo á su vista. Dedicado Murat á una obra que le agradaba mucho, aplaudido algunas veces por el pueblo que se dejaba deslumbrar por su presencia y por los hermosos escuadrones de la guardia imperial, dueño de la junta, que colocada entre dos reyes ausentes, y no sabiendo á quien obedecer, lo hacia á la fuerza presente, Murat se creía ya rey de España. Sus ayudantes de campo que á su vez se conceptuaban tambien grandes señores de la nueva corte, le adulaban á cual mas podia, y él al dar cuenta á Napoleon de aquellas lisonjas, le decia:—Yo soy aquí el dueño en vuestro nombre, mandad, y la España hará cuanto gustéis; entregará la corona al principe francés que designeis.—Napoleon solo contestaba

á aquellas locas seguridades, reiterando la orden de fortificar los principales edificios de Madrid, y de tener á los oficiales alojados con la tropa en los cuarteles, medidas que Murat ejecutaba mas bien por obediencia que por conviccion de su utilidad.

El principe de la Paz que habia sido conducido apresuradamente á Bayona, para evitar que el pueblo se amotinase á su paso, llegó allí mucho antes que sus soberanos. Napoleon estaba impaciente por ver á aquel antiguo dominador de la monarquía española, y sobre todo por servirse de él. Despues de un momento de conversacion, el favorito le pareció tan mediano como se le habia dicho, notable únicamente por algunas ventajas físicas que le habian hecho querido á la reina de España, por cierta agudeza de ingenio, y por una gran práctica de los negocios de estado, pero calumniado cuando se le presentaba como un mónstruo. Sin embargo, Napoleon por respeto á la desgracia, se abstuvo de manifestar el desprecio que le inspiraba semejante gefe de gobierno, y se apresuró á tranquilizarle completamente acerca de su porvenir y el de sus antiguos amos, porvenir que prometió hacer seguro, apacible, opulento y digno de los antiguos poseedores de España y de las Indias. A aquella promesa, añadió Napoleon otra no menos agradable, la de vengarlos pronta y cruelmente de Fernando VII haciéndole bajar del trono, y pidió ser secundado en sus proyectos con la reina y Carlos IV; lo cual le fué prometido y era bien fácil de cumplir, porque el padre y la madre estaban tan irritados con su hijo que preferían ver á un extranjero, aunque fuera enemigo, en el trono de sus antepasados.

La llegada de Carlos IV y su esposa se anunciaba para el 30 de abril. La política de Napoleón exigía que solo los antiguos soberanos fuesen recibidos con los honores reales. Lo dispuso, pues, todo para recibirlos como si todavía gozasen de su poder, y como si no se hubiese efectuado la revolución de Aranjuez. Hizo que formasen las tropas, envió á su corte á esperarlos, mandó que la artillería de los fuertes hiciesen la salva, que se empavesaran los buques que habia en el Adour, y él mismo se preparó á poner con su presencia el colmo á los honores que les dispensaba. Hicieron su entrada en Bayona al medio día, entre el estruendo del cañon, el repique de las campanas, y fueron recibidos en las puertas de la ciudad por las autoridades civiles y militares; en el tránsito encontraron á Fernando VII y al infante don Carlos, á quienes recibieron con visible, aunque reprimida indignación, y se apearon en el palacio del gobierno que les estaba destinado: por un momento llegaron á hacerse la ilusión de que todavía poseían el poder supremo, última apariencia con que Napoleón queria distraer su ancianidad, antes de precipitarlos á todos, padres é hijos en la nada, á que deseaba reducir á los Borbones. Un momento despues llegó él mismo al galope, acompañado de sus tenientes para ofrecer el homenaje de su poderío, al anciano victima de sus ambiciosos cálculos. A penas estuvo en presencia de Carlos IV, á quien jamás habia visto, le tendió los brazos, y el desgraciado descendiente de Luis XIV se arrojó en ellos llorando, como pudiera haberlo hecho con un amigo de quien esperaba el consuelo de sus pesares. La reina desplegó para agradar todo el arte de

una cortesana, especialmente con la emperatriz Josefina, que hacia pocos dias habia llegado á Bayona, y que se apresuró á visitar á los soberanos de España. Despues de una breve conversacion, Napoleón dejó á Carlos IV rodeado de los españoles reunidos en Bayona, y de los oficiales y camareros franceses destinados á su servicio de honor. Con arreglo á las intenciones del emperador, que deseaba no se olvidase en aquella ocasion ninguno de los usos de la corte de España, hubo besamanos general, á que asistieron todos los españoles que habia en la ciudad. Fernando tomó su rango de hijo y príncipe de Asturias, fué á su vez á inclinarse ante sus augustos padres, en cuyo rostro podia leer fácilmente las sensaciones que experimentaban. Cuando se concluyó la ceremonia, el rey y la reina que estaban fatigados, pensaron en retirarse á su aposento, á donde trataron de seguirlos Fernando y su hermano; pero Carlos IV no pudiendo ya contenerse, detuvo á su hijo primogénito diciéndole: —¡Infeliz!.. no has deshonrado bastante mis canas... respeta al menos mi reposo...—y se negó á verle como no fuese en público. Fernando VII que por solo la etiqueta habia vuelto en el espacio de algunas horas á la calidad de príncipe de Asturias, se creyó perdido: estaba castigado y Carlos IV vengado!... Pere éste iba bien pronto á verse obligado á pagar en manos de Napoleón el precio de la venganza obtenida.

Lo que los antiguos soberanos deseaban con mas impaciencia, era abrazar á su querido amigo Manuel que no habian vuelto á ver desde la fatal noche del 17 de marzo. Se arrojaron en sus brazos, y Napoleón que queria dejarlos el tiempo necesari-

rió para verse, desahogarse y entenderse, suspendió hasta el día siguiente el recibimiento que los preparaba en Marac, y tuvieron todo el día para conferenciar sobre su situación y suerte futura. El príncipe de la Paz les dio a conocer prontamente de lo que se trataba en Bayona; lo cual no podía ni sorprenderles ni alligirles, porque ya no abrigaban la pretension de reinar, y tuvieron la satisfacción de saber que Napoleón al vengarlos de Fernando VII les destinaba en Francia un retiro seguro, magnífico, rentas iguales a las de los príncipes reinantes mejor dotados de Europa, y por única privación la pérdida de un poder, cuyo próximo fin preveían ya hacia largo tiempo. No fué, pues, difícil reducirles a los proyectos de Napoleón a que estaban resignados de antemano, aun cuando ignoraban las compensaciones que se les reservaban.

Al día siguiente, Napoleón los convidó a comer en el palacio de Marac, en donde se proponía tratarlos con los mayores honores; Carlos IV, y su esposa se trasladaron a él en los coches imperiales, tan diferentes de los antiguos carruages de la corte de España, que estaban contruidos por el modelo de los de Luis XIV. Le costaba sumo trabajo el subir y bajar, y hasta en los mas leves pormenores, dejaba ver cuán extraño era a los usos é ideas de aquel tiempo. Cuando llegó al palacio de Marac se apoyó para echar pie a tierra en el brazo de Napoleón, que habia salido á recibirle hasta la puertecilla del coche.—Apoyaos en mí, le dijo el emperador, yo tendré fuerza para los dos.—Lo creo muy bien contestó el anciano monarca, y le manifestó una verdadera gratitud, tan dichoso se

conceptuaba con encontrar en Francia el reposo, la seguridad y la opulencia para el resto de sus días. Napoleón habia olvidado inscribir al príncipe de la Paz en el número de los convidados. No viéndole Carlos IV, dijo con una viveza embarazosa para todos los concurrentes:—¿En donde está Manuel?—Buscóse al príncipe de la Paz por orden del emperador, y se restituyó a Carlos IV aquel amigo sin el que no podia ya existir.

Mientras que Napoleón se ocupaba en dulcificar la suerte de aquel viejo niño destronado, la emperatriz Josefina obsequiaba con su gracia acostumbrada a la reina de España, y la proporcionaba las fútiles distracciones que estaban a su alcance, ofreciéndola todos los adornos de París mas nuevos y raros. Pero la esposa de Carlos IV era mas difícil de consolar que aquel, por la misma razon de su inteligencia y de su ambicion. Sin embargo, podia contar con dos consuelos ciertos, la seguridad de don Manuel Godoy, y el destonamiento de Fernando.

Después de coimar de atenciones a sus augustos y desgraciados huéspedes, Napoleón, impaciente por concluir, puso en movimiento los instrumentos que tenia á su disposición. Conforme á su voluntad, Carlos IV dirigió una carta á Fernando recordándole su culpable conducta en los sucesos de Aranjuez, su imprudente ambicion, su imposibilidad de reinar en un país entregado por su falta a las agitaciones revolucionarias, y pidiéndole por último que renunciase la corona. Esta intimacion, revelaba claramente a los consejeros ya desengañados de Fernando, el giro que iba a darse a la negociacion desde la llegada de la an-

tigua corte. Era evidente que se iba á pedir la corona al hijo, para dejarla cierto número de dias ó de horas en las sienas del padre, y hacer que desde su encanecida cabeza, pasase á la de un príncipe de la familia Bonaparte. Los directores de la nueva corte opusieron á aquella intimacion una carta bastante ingeniosa, en que Fernando VII, hablando á su padre como hijo sumiso y respetuoso, declaraba que estaba pronto á restituir la corona, aunque la habia recibido á consecuencia de una abdicacion voluntaria, con dos condiciones: primera, que Carlos IV habia de reinar por sí mismo; y la segunda, que la restitucion se haria libremente en Madrid, á presencia de la nacion española. Sin estas dos condiciones, Fernando se negaba formalmente á devolver la corona á su padre, porque si éste no queria reinar, Fernando se consideraba como único rey legitimo, con arreglo á las leyes de la monarquia española; y si la retrocesion se hacia en otra parte que en Madrid, aun en el mismo seno de la nacion reunida, no seria libre, ni digna, ni segura.

La respuesta era hábil y conveniente. Se hizo que Carlos IV replicase, apoyándose siempre en la irregularidad de la abdicacion, en las violencias que la habian producido, en la imposibilidad en que se encontraba Fernando de gobernar la España que acababa de despertar de un profundo letargo, y se hallaba próxima á entrar en la carrera de las revoluciones, y en la necesidad de confiar á Napoleon el cuidado de afianzar la felicidad de los pueblos de la Peninsula; y concluia manifestando intenciones amenazadoras si no cesaba en su obstinacion. A esta réplica, la moderna corte opuso

una contraréplica semejante á la primera respuesta de Fernando VII.

La negociacion no adelantaba, porque se habia empleado desde el 1.º al 4 de mayo en aquella vana correspondencia. Napoleon comenzaba á impacientarse vivamente, y estaba resuelto á hacer que se declarase rebelde á Fernando VII, á devolver la corona á Carlos IV, quien se la transmitiria en seguida pasado un tiempo mas ó menos largo. Hizo que por medio del príncipe de la Paz, se redactase una acta en la cual Carlos IV se declaraba único y legitimo rey de España, y en la imposibilidad en que se hallaba de ejercer por sí mismo la regia autoridad, nombraba su lugar-teniente al gran duque de Berg, le confiaba todos sus poderes reales, y particularmente el mando de las tropas. Napoleon miraba esta transaccion como necesaria para pasar de la dinastia de los Borbones á la de los Bonapartes. Se apresuró á espedir aquel decreto con la orden que ya habia dado muchos dias antes, y que reiteraba en aquel momento, para que se hiciesen salir de Madrid todos los príncipes españoles que aun permanecian allí, don Francisco de Paula, el infante mas jóven, don Antonio, tio de Fernando y presidente de la junta, y la reina de Etruria, que por hallarse indispueta no pudo seguir á sus padres. Despues de adoptadas estas medidas se preparaba á poner término á las escenas de Bayona, por una solucion que él mismo impondria, cuando los acontecimientos de Madrid facilitaron el desenlace que apetecia, dispensándole de emplear para ello la fuerza.

Mientras Napoleon seguia su correspondencia con Madrid, Fernando VII no se descuidaba por

su parte en hacer que llegasen allí noticias que escitasen en favor suyo el interés de la nación, y que sobre todo pudieran corregir el mal efecto que habia producido su necia conducta. No ignoraba que los españoles habian concebido tanto disgusto hácia su persona, como á la de su anciano padre, al verle caer en el lazo tendido por Napoleon. Habia, pues, por medio de correos que salian disfrazados de Bayona, y atravesaban las montañas de Aragon para ir á Madrid, propagando las noticias que creia mas á propósito para atraerle la opinion pública. Habia divulgado que se queria violentarle en Bayona para arrancarle el sacrificio de todos sus derechos; pero que resistia y resistiria todas las amenazas, y que sus pueblos sabrian antes su muerte que su sumision al extranjero. Pintábase como la mas noble é interesante de las víctimas, para exaltar en su favor todos los corazones generosos. Aquellos emisarios, para evitar los caminos rectos llenos de tropas francesas, empleaban un dia ó dos mas en llegar á Madrid; pero lo efectuaban con seguridad, y las noticias de que eran portadores, propagadas con rapidez, conquistaron á Fernando VII la opinion que perdiera por algunos momentos. El rumor generalmente acreditado, de que Fernando era objeto en Bayona de brutales violencias, y que oponia á ellas una heroica resistencia, habia reanimado en su favor al pueblo de la capital, que, como ya hemos dicho, se habia aumentado con muchos vecinos de los pueblos inmediatos. No pudiendo recurrir á las imprentas cuidadosamente vigiladas por los agentes de Murat, se servian de hojas volantes manuscritas, que copiadas con profusion, y circulando

con increíble celeridad, escitaban hasta el mas alto grado las pasiones del pueblo. En cuanto á la junta de gobierno, disimulaba profundamente sus secretos sentimientos, y afectaba gran deferencia por los deseos de Murat; pero adicta, como era justo, á Fernando VII, era el agente de las comunicaciones con Bayona, y de las publicaciones que eran su consecuencia. Habia enviado emisarios á Fernando para saber si queria que se substragese de los franceses, y fuese á proclamar en cualquier otro punto la legitima régia autoridad, provocar el alzamiento de la nación, y declarar la guerra al usurpador. Mientras esperaba la respuesta á estas proposiciones, solo cedia despues de interminables dilaciones á las demandas de Murat, encaminadas á servir á los designios de Napoleon.

Entre estas exigencias habia una que la habia agitado mucho, y era la de que se enviase á Bayona á todos los individuos de la familia real que todavía permanecian en Madrid. Por una parte la reina deseaba que se la enviase al jóven infante don Francisco, que no habia podido llevar consigo por el mal estado de su salud; por otra, la reina de Etruria, que se habia quedado en Madrid por igual motivo, solicitaba marchar por la agitacion cada dia creciente del pueblo español. Murat, á quien el emperador habia recomendado que dirigiese á Bayona todos los individuos que quedaban de la familia real, exigia imperiosamente su marcha. En cuanto á la reina de Etruria, no podia haber dificultad, porque era princesa independiente y deseaba partir; mas no sucedia asi con el infante don Francisco, colocado por razon de su edad bajo la dependencia de la autoridad real, y enton-



ces bajo la de la junta de gobierno, que ejercia aquella autoridad en ausencia del rey. La junta, adivinando muy bien la intencion de aquellos viajes sucesivos, se reunió en la noche del 30 de abril al 1.º de mayo, para deliberar sobre la pretension de Murat. Aumentóse su número por hársela agregado los presidentes de los Consejos de Castilla y de las Indias, y muchos individuos de ellos. La sesion fué muy agitada: algunos de los que asistian á aquella reunion, querian que no se accediese á una proposicion, cuyo objeto evidente era arrebatár los últimos representantes de la monarquía española, y que antes de ceder se ensayase la resistencia á toda costa. El señor Ofarril, ministro de la Guerra, espuso la situacion del ejército, cuyos cuerpos desorganizados, diseminados unos en el Norte, y otros en Portugal y en las costas, no presentaba en Madrid mas que una fuerza de tres mil hombres; los mas exaltados querian se supliese aquella falta armando al pueblo con cuchillos y escopetas, y que se buscase la salvacion en un grande acto de desesperacion nacional. La mayoría opinó que se contestase á Murat con una negativa disimulada, guardándose, sin embargo, de provocar un rompimiento. Una reunion de patriotas, descontentos de lo que llamaban debilidad de la junta, querian que se impidiese la salida de los infantes por todos los medios posibles, y atizaban las pasiones del pueblo, que por cierto no necesitaba de semejantes escitaciones. El 4.º de mayo, que era domingo, vinieron á Madrid muchos hombres de los lugares inmediatos, y se vieron rostros agrestes y enérgicos mezclarse con los numerosos grupos que ocupaban diferentes pun-

tos. En la *Puerta del Sol*, especie de plazuela situada en el centro de la capital, y en donde desembocan varias de las principales calles, como la *Mayor*, *Alcalá*, *Montera* y *Carretas*, habia una multitud compacta y amenazadora. Murat envió allí algunos centenares de dragones, que dispararon á la multitud y la obligaron á permanecer tranquila.

Murat, á quien la junta habia comunicado su negativa del modo mas suave que la fué posible, respondió que no haria caso de ella, y que al dia siguiente lunes 2 de mayo, dispondria saliesen la reina de Etruria y el infante don Francisco, á cuya declaracion no se opuso réplica alguna. En efecto, al dia siguiente á las ocho de la mañana, se llevaron á palacio los coches para recibir en ellos á las personas reales. La reina de Etruria se prestaba con gusto á marchar; pero el infante don Francisco, por lo menos, segun se decia en las puertas de palacio, lloraba. Estos pormenores se difundieron de boca en boca por los grupos que eran muy numerosos, y produjeron la mas viva agitacion. De repente se presentó un ayudante de campo de Murat, que enviaba éste para cumplimentar á la reina en el acto de su salida. Al ver el uniforme francés, el pueblo prorumpió en gritos, comenzó á tirar piedras al ayudante de campo del príncipe, y se preparaba á darle muerte, cuando una docena de granaderos de la guardia imperial, que estaban de servicio en el palacio que ocupaba Murat, y desde donde se podia ver el tumulto, se arrojaron á la bayoneta sobre la multitud, y libertaron al ayudante de campo de una muerte cierta. Algunos tiros que se dispararon en aquel conflicto fueron la señal de una sublevacion